



www.loqueleo.com/es

© 1997, Rosa Montero

© 1997, Daniel Torres / Representado por Norma Editorial, S.A.

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-035-0

Depósito legal: M-37.678-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Cuarta edición: marzo de 2020

Más de 20 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Las barbaridades de Bárbara

Rosa Montero

Ilustraciones de Daniel Torres

loquelego

*Para Irene y Pascual, que son mucho más
listos que Bárbara y el Marciano.*

La huida



El martes pasado, Tulipa y yo decidimos escaparnos de casa. La idea se nos ocurrió después de leer una noticia en el periódico sobre tres niñas de nuestra edad que se habían marchado de Madrid y habían aparecido cuatro días después en Valencia, no sé cuantísimos kilómetros más lejos, junto al mar: qué valor el de esas chicas para irse solas por el mundo. A Tulipa enseguida se le ocurrió que estaría bien probarlo algún día. A mí, la verdad, me daba algo de miedo.

A menudo me dan miedo las cosas. Tulipa, en cambio, está siempre la primera para probarlo todo. Es mi mejor amiga, y es muy bajita pero muy fuerte. Muy bruta, dice mi padre; pero es que a él no le cae bien, él preferiría que saliera

con la cursi de Lavinia, que es la hija de su jefe. Pero no, Tulipa no es bruta, es solo fuerte y valiente. No hay otra chica como ella en todo el barrio. Hasta su nombre es un nombre muy raro, incluso para mi colegio, que está lleno de nombres rarísimos, Jade, Helios, Borán; el otro día el profesor de Lengua aplaudió a la chica nueva cuando dijo que se llamaba Carmen.

Yo me llamo Bárbara y ya digo que a veces me parece que soy algo cobarde. Lo que más miedo me da es el dentista, pero, claro, eso es normal, porque los dentistas dan miedo, como los vampiros. Tampoco me gusta tirarme desde el trampolín más alto, ni pegarme con los chicos, ni la oscuridad. Tulipa me dijo un día:

—El problema es que tú te crees que tienes miedo y te asustas a ti misma. Lo que tienes que hacer es pensar que eres valiente y decirle a todo el mundo que eres valiente y verás como así no tienes miedo. Eso es lo que yo hago.

A mí aquello me pareció una tontería, porque tú puedes decir lo que te dé la gana pero

luego la realidad es como es. Por ejemplo, yo me pasé un mes diciendo que mi hermano pequeño era un perro, pero no hubo manera de que le creciera el pelo por el cuerpo, y encima me la cargué de la manera más tonta con mis padres. Pero eso ya te lo contaré más adelante.

Decía que el consejo de Tulipa me pareció muy tonto, pero un día le hice caso, así, por probar, cuando el profe de gimnasia tuvo que ser operado de apendicitis y vino una sustituta que nos puso a toda la clase a hacer el pino. Yo siempre he odiado el pino, y los volatines, y saltar al potro, y en general todo lo que sea ponerse patas arriba y arriesgarse a romperte los dientes contra el suelo, porque no creo que las personas estemos hechas para andar boca abajo, de otro modo tendríamos los pies en el lugar de las orejas; este es un argumento inteligentísimo que me parece irrefutable, que es una palabra que usa mucho mi padre y que significa que no piensa permitir que nadie le lleve la contraria.

Y me parecía un argumento irrefutable cuando se lo dije a principios de curso a nuestro profe de gimnasia, pero él no se quedó nada impresionado y me puso en el pelotón de los torpes, con Lavinia la Cursi, Juan el Gordo y Borán el Cojo. Fue de lo más humillante.

10 Bueno, pues aquel día que vino la sustituta nos preguntó que quiénes querían hacer el pino los primeros, y allí salieron Tulipa y los demás, los mejores en eso de dar brincos. Entonces, al verlos ahí en medio, me acordé de las palabras de mi amiga y me entró una idea rara, unas ganas de probar, unos deseos locos de ver qué pasaba si jugaba a ser otra; y salí yo también al centro del gimnasio. Cuando la suplente nos preguntó si se nos daba bien hacer el pino, yo dije que sí, que estupendamente. Tenías que haber visto la cara con que me miraban los demás.

Entonces empezaron a hacer todos el pino, uno por uno, y la profesora les iba sujetando las piernas. Cuando llegó mi turno escuché a mis espaldas unas cuantas risitas; hasta ese

momento todos lo habían hecho muy bien y la profesora me miraba muy sonriente, convencida la pobre de que yo también era una fiera en eso de mover el cuerpo para todas partes. Así es que me dije: «Bárbara, ya no hay marcha atrás», y me lancé de cabeza al suelo sin pensar, que es lo que siempre hacía antes, pensármelo muchísimo, pensar que iba a plantar las manos en el suelo y que me iban a fallar las muñecas y que me iba a dar con todos los morros en el cemento. Y claro, así me entraba el miedo y apenas si levantaba el culo. Pero esa vez lo hice sin pensar y con toda el alma, como cuando te tiras a la piscina; puse las manos, cerré los ojos, levanté los pies y... ¡zas!, allá que fue todo mi cuerpo para arriba como si no pesara, una cosa increíble; y la profesora me agarró de los tobillos y dijo: «Muy bien». Luego me soltó y yo bajé de nuevo al mundo con toda elegancia, sin caerme ni arrugarme ni torcerme ni nada de nada, porque me había salido estupendamente. Cuando me puse de nuevo de pie toda la clase

me miraba estupefacta, con cara de no poder creer lo que habían visto.

12 En ese momento Tulipa soltó un hurra y empezó a aplaudir, y mis amigos también aplaudieron, y mis enemigos, eso fue lo mejor de todo, me miraron todos con envidia cochina. Ahí fue cuando me equivoqué y me pasé, me cegó el orgullo, como diría mi madre, porque me puse tan contenta que decidí repetir la hazaña, tan fácil parecía. Así es que saludé a mis fans que tanto me querían y volví a lanzarme a los pies de la suplente; pero esa segunda vez se me ocurrió abrir los ojos y vi debajo de mí el suelo de cemento del gimnasio, las zapatillas deportivas de la profe, y más allá, horror, entre mis brazos, todos los chicos y chicas de mi clase puestos al revés, sentados en el suelo que era el cielo. Me entró un mareo y un susto tan tremendos que los brazos se me aflojaron como si fueran lana y, ¡cataplún!, allá que me fui de narices abajo.

Y me rompí un diente, desde luego.

La cosa no fue tan terrible, pese a todo. Primero, porque resultó que romperse un diente duele mucho, claro, pero menos de lo que yo me había imaginado: o sea, mi miedo era más grande que mi dolor. Y segundo, porque aunque no he vuelto a intentar el pino desde entonces, ahora sé que lo he hecho una vez, o sea, que puedo hacerlo; además, me salió estupendamente, y eso me anima mucho.

13

Lo mismo cualquier día hasta me tiro del trampolín más alto de la piscina y los dejo a todos boquiabiertos.

Pero lo que quería contar es que Tulipa y yo habíamos decidido escaparnos juntas. Estuvimos toda la semana preparando la huida y al final pensamos que lo mejor sería que nos marcháramos el martes: porque ese martes teníamos una evaluación de Matemáticas, con eso queda dicho todo. Nadie sabía nada, por supuesto: nuestra fuga era un secreto entre Tulipa y yo, un secreto gordísimo, el supersecreto más grande que jamás había tenido. Yo estaba emocionada.

Al fin llegó el gran día. Salí de casa por la mañana a la hora de siempre, como si me fuera al colegio; pero en realidad me fui a la boca del metro, en donde había quedado con Tulipa. Allí estaba ella, esperándome. Bueno, estaban ella y Dina.

—Yo también quiero ir —dijo Dina.

14 —Es que ayer se me escapó y se lo conté
—se justificó Tulipa.

Me sorprendió ver a Dina, porque Tulipa y yo habíamos estado discutiendo si se lo decíamos o no. Dina es la tercera en nuestro grupo y es muy amiga; pero tiene una hermana gemela, Dani, que es exactamente igual que ella, solo que Dani es malísima, y es un lío porque muchas veces las confundimos y porque a veces le haces una confidencia a Dina y luego resulta que era Dani y otras veces te enfadas con Dani y luego era Dina y así todo. En el colegio las llaman las hermanas din-don para hacerles burla, pero una vez que Dani escuchó el mote quemó las mochilas de los tres niños que se habían reído.

Y ahora estaba allí Dina, diciendo que quería venirse con nosotras. ¿O era Dani?

—Y dale —dijo Dina con bastante fastidio—: El mejillón es un molusco bivalvo que habita tanto en agua de mar como en agua dulce. Estoy empezando a hartarme de esta tonte-ría.

Porque habíamos acordado una contraseña secreta entre nosotras, sacada de un libro de animales, para comprobar que Dina era Dina.

—Y además me parece fatal haberme enterado tan tarde. No he podido preparar nada.

Ninguna había preparado nada, en realidad. Llevábamos nuestros ahorros, eso sí: 3.758 pesetas, en mi caso, que guardaba para comprarme libros de aventuras en Navidad. Pero ¿qué más aventura que esta, y encima de verdad?

En esas estábamos cuando llegó Borán cojeando a cien por hora.

—¿No han llegado los demás? Qué bien, creí que sería el último —exclamó sin aliento.

—¿Los demás? —me espanté.

—Es que ayer, cuando estábamos hablando Dina y yo, me oyó Borán... —dijo Tulipa.

—Y también Irene, y Kim, y Pascual, y Gloria... —añadió él.

16 Pero ya venían los otros, cruzando a toda prisa la avenida. Tulipa es así: muy valiente, sí, muy atrevida, pero incapaz de guardar un maldito secreto. No habíamos empezado todavía a escaparnos y ya éramos ocho.

—¿A quién más se lo has dicho? —pregunté, rabiosa.

—A nadie más, te lo juro de verdad por lo más grande.

—Tampoco es para ponerse así, ni que el tren fuera tuyo —empezaron a mosquearse los otros conmigo.

Porque habíamos decidido irnos en tren a Cercedilla, que era un viaje barato. Así es que lo sabían todo, todo: para ser una fuga ultrasecreta era una birria. Pero pensé que sería mejor no echar a perder el día y no enfadarse. De modo que nos fuimos a coger el autobús que nos lle-



varía hasta la estación de Nuevos Ministerios; y ahí, bajo la marquesina de la parada, nos estaban esperando Helios y Carmen la nueva y Rubén y Fátima y Lula.

18 —¡Cuánto habéis tardado! Ya no cogemos el tren de las 9.37 —nos riñó Lula, que es una chica con cara de ratón que siempre se lo sabe todo. De manera que la idea había sido mía y ahora venían las Lulas del mundo a regañarme, hay que fastidiarse.

—Oye, tú, yo tardo lo que quiero, que para eso la idea ha sido mía —gruñí.

—La idea fue de Tulipa —ratoneó Lula con tonillo de lista.

—Bueno, bueno, al cincuenta por ciento, al cincuenta por ciento —se apresuró a poner paz Tulipa, que me tenía quemada—. Mirad, ya llega el autobús.

Así es que nos subimos y éramos tantos que llenábamos toda la parte de detrás.

—Yo no tengo la culpa, de verdad —me intentaba calmar Tulipa—: No toda la culpa, por lo

menos. O sea, de verdad que yo solo se lo conté a Irene y a Borán y a Pascual y a Gloria y a David y a Dina... Lo que pasa es que ellos luego se lo han contado a otros. ¡Y eso que les dije que era un secreto gordísimo! Es que no te puedes fiar de nadie.

En ese momento empecé a pensar que a lo mejor mi padre tenía razón y que Tulipa era bastante burra. Pero ya llegábamos a Nuevos Ministerios y nos bajamos. Entramos en la estación y ¿qué dirás que nos encontramos ahí? ¡Pues al resto de la clase, ni más ni menos! Allí estaban todos, incluso Juan el Gordo, que casi nunca se arrima a los demás porque los demás no paran de pincharle; se ve que la noticia había corrido como la pólvora y que ninguno tenía ganas de examinarse. Solo faltaba el Bestia, porque como es tan bestia nadie se lo había dicho; y Lavinia, que por lo visto se había empeñado en ir a clase. Me la imaginé allí sola entre los bancos vacíos, poniendo cara de buena la muy pelota, y me pareció una escena tan ridícula que casi me puso de buen humor. Eso sí,

nos la íbamos a cargar como Lavinia hablase, y Lavinia hablaría, de eso estaba segura, era más chivata que la alarma de un coche.

20 Pero a lo hecho pecho. Éramos 37 y mientras íbamos navegando entre el gentío de la estación me sentí como una guía de turismo, de esas que llevan una banderita por delante de un montón de japoneses. Estábamos buscando nuestro andén cuando de repente sucedió algo horrible: una sombra enorme me agarró por los hombros.

—¿Qué hacéis aquí?

Tras la correspondiente inspección ocular la sombra enorme resultó ser Martínez, la profesora de Matemáticas, lo cual era más horrible todavía. Por lo visto vivía en las afueras de Madrid y acababa de bajarse de su tren de cercanías, camino del colegio y de la evaluación.

—¿Qué hacéis aquí? —repitió indignada, sospechándose que huíamos en tropel de su examen, que es lo que siempre deben de sospecharse todos los profesores de Matemáticas del mundo. Y con razón.

—Nos vamos a la sierra porque hoy nos toca la excursión de otoño —dijo entonces Dina con expresión angelical. Aunque probablemente fuera Dani, que además de mala es listísima y tiene ocurrencias para todo.

—¿Cómo la excursión de otoño? ¿Pero qué excursión ni qué niño muerto? Hoy tenéis la evaluación, eso es lo que tenéis.

21

—Perdone usted, señora Martínez, pero nuestro tutor, el señor Doria, nos dijo anteayer que era hoy.

Ese fue un toque magistral, porque Doria es mundialmente conocido por estar un tanto majareta. Los mayores dicen que le da a la botella, pero el hombre tiene amigos en el ministerio y es el director del colegio. Martínez reculó ante esa información inesperada y rebuscó en su agenda.

—¡Aquí está! ¿Veis? La excursión a la sierra será dentro de tres semanas.

—Perdone usted —repitió Dani, exquisita—, pero el señor Doria cambió la fecha ante-

ayer, porque no había autocares para dentro de tres semanas.

—¿Pero qué importan los autocares, si os vais en tren?

—Pues por eso nos vamos en tren, porque no hay autocares —insistió Dani, imperturbable.

Ahí decidí intervenir yo para desviar el tema.

22

—Precisamente le estábamos buscando ahora al señor Doria, porque tenía que venir con nosotros y no lo encontramos, ¿verdad? —dije, añadiendo al argumento el peso de la clase entera: fue una gran astucia por mi parte, para qué negarlo.

—Síiiiiiiii —bramaron los colegas, como era de esperar.

Martínez nos miró a todos y le debimos de parecer muchísimos. Quiero decir que no le cabía en la cabeza (y a mí tampoco) que los 37 nos estuviéramos escapando en una huida secreta. Así es que empezó a creérselo y se puso a mascullar frases furiosas: de cuando en cuan-

do se le entendían palabras como «inepto», «vergüenza» y «cebollino».

Entonces Martínez se fue a llamar por teléfono a Doria y, ¡milagro!, el director no había llegado al colegio. Así es que no hubo más remedio que esperarle. Fuimos a la cafetería de la estación y nos pusimos ciegos de chocolate y churros. Pasó media hora, pasó una hora y Doria no aparecía por ningún lado. A la hora y pico Martínez nos guio de vuelta hacia el colegio, como si nosotros no supiéramos ir solos, pero, en fin, algo había que concederle a la mujer, porque estaba que echaba chispas. Y así terminó nuestro intento de fuga.

No fue ni muy heroico ni muy aventurero, tengo que reconocerlo, pero tampoco nos salió tan mal: con tanto trajín, perdimos casi todas las clases de aquel día, y desde luego no hubo tiempo para hacer la evaluación de mates. Cuando Doria llegó al colegio y dijo que él no había cambiado la fecha, le abrumamos de tal manera con nuestro testimonio unánime que el hombre empezó a dudar y llegó a reconocer que quizá se

había producido algún malentendido. Hay que tener en cuenta que el curso pasado Doria perdió su coche durante mes y medio porque no podía acordarse de dónde lo había aparcado: así es que la memoria no es lo suyo. No sé si los otros profesores se tragaron el cuento enteramente, pero no dijeron nada, yo creo que porque preferían poder tener alguna queja contra Doria. Y tampoco Lavinia se atrevió a abrir la boca contra todos nosotros. Fue la primera vez que toda la clase estuvo de acuerdo en algo, y esa es una sensación muy rara que da como gustito.

—Eso es lo que nos ha salvado. Eso se llama solidaridad. Si todos nos unimos no hay quien pueda con nosotros —declamó con emoción Tulipa, que siempre está diciendo cosas así porque su padre es un sindicalista de Comisiones.

Y entonces Dani (digo yo que sería Dani) añadió muy sonriente:

—Sí, sobre todo si nos unimos para la mentira y la delincuencia.

Siempre le ha gustado fastidiarnos.

